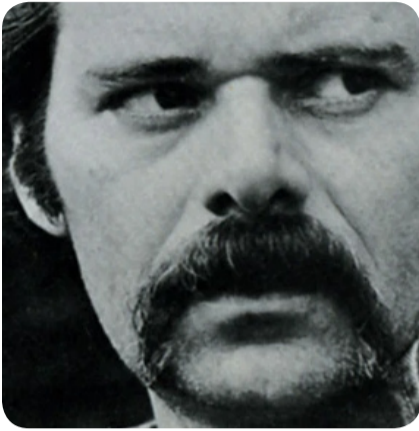




Follarse un texto

La luna en fuego, de Gilbert Sorrentino (Cielo eléctrico) | por Óscar Brox

Bueno, por algún sitio había que empezar. Definitivamente, me vuelve loco la forma mediante la que Sorrentino arma, desarma y rearma sus textos. Cómo se infiltra en el relato, hasta qué punto lo sabotea, parodiándolo salvajemente, y de qué manera sus ramalazos humorísticos proyectan una lectura en profundidad de la naturaleza humana. En los veinte relatos recogidos en la colección, el autor de *Aberración estelar*



elige no pocos disfraces textuales para poner de relieve las mezquindades, la fragilidad y la hoguera de vanidades de esa cultura –no sé si decir estadounidense– sospechosamente penosa. De hecho, en un buen número de ocasiones sus personajes son escritores, más o menos frustrados, que recogen sobre el papel sus patologías (casi todas sexuales) y fantasmas. El territorio perfecto para que Sorrentino haga y deshaga a placer cada uno de los engranajes del relato, entorpeciendo y enloqueciendo situaciones, anotando incómodas reflexiones –la principal de ellas, la destrucción del sujeto norteamericano por antonomasia– y reduciendo al absurdo el mapa emocional y una vida interior que solo consiste en ciclos infinitos de sexo, culpa, violencia y soledad.

En *La luna en fuga* (el relato, no la colección), Sorrentino trama lo más parecido a una historia de primer amor y otros pesares. Un romance, digamos, adolescente. Hasta aquí, en fin, uno de los temas preferidos de cierta literatura norteamericana. Sin embargo, ya desde el principio, su narrador parece empeñado en torpedear el ritmo del texto, la forma en la que se presenta la historia. Basta un punta-

pié para saltar unos cuantos años adelante y ver de qué pasta están realmente hechos sus protagonistas. Qué ha sido de esa inocencia, adónde fue a parar la prudencia ante el primer encuentro sexual. El estilo, pues, juega con lo íntimo y lo chabacano, prácticamente, al mismo tiempo. Dos líneas aplastadas en un mismo párrafo, eso sí, con la habilidad de su autor para caricaturizar situaciones, personajes

y, fundamentalmente, toda esa *gravidad* moral a la que apunta con el dedo. De hecho, uno acaba el relato pensando que, más que la historia de un desengaño amoroso (que no lo es, por otra parte), se trata del relato de un resentimiento con los fundamentos morales que nos inculcan desde pequeños. El bien, el mal, las tentaciones, lo razonablemente bueno. La asquerosa pragmática. Hablando de asquerosos, la mayoría de sus personajes lo son. También, incómodos. Un ejemplo: el retrato despiadado de una cierta generación beat que plantea en *Perdido*. Un texto que arranca como una historia más o menos convencional, con trío amoroso incluido, evoluciona como una pieza sobre las bajezas de la creación literaria y culmina con un hostión: el trío se desintegra entre un cúmulo de miserias y resentimientos, de sexo penoso y vanas aspiraciones literarias (no hay cosa que agrade más a Sorrentino que meter el dedo en la llaga de la mala escritura), mientras la narración se va deshilachando hasta convertirse en un monólogo confesional sin salida de emergencia. Otro ejemplo: la incómoda amistad, salpicada de deseo sexual reprimido, entre Campbell y Nick en *Psicopatología de la vida cotidiana*

(este, por cierto, podría haber sido un título estudiando para la colección de relatos). O cómo su autor eleva un chascarrillo *freudiano* a un estudio sobre las interacciones humanas y las formas del deseo en una sociedad eminentemente pacata e hipercapitalista sin por ello renunciar a lo grotesco, lo chabacano y algo verdaderamente maravilloso: el talento de Sorrentino para trasladar el brillo y el erotismo de las situaciones que describe al lenguaje. Para, más que hacerle el amor a sus narraciones, follárselas. Cualquiera de los relatos compilados en *La luna en fuga* exhibe la capacidad de su autor para cambiar la trayectoria de lo que está narrando, casi, en un mismo párrafo; jugando, no tanto con las expectativas, como con el margen que concede a sus personajes (a veces, simplemente voces) para contar sus historias de vergüenza y humanidad. Son tantos los recursos estilísticos, la energía y la velocidad con la que los combina, que resulta un auténtico goce leer esta comedia americana urdida por Gilbert Sorrentino. Sus retratos de vidas pequeñas, los infinitos pasos en falso que dan sus criaturas cada vez que pretenden hacerse pasar por cosmopolitas, la mala baba con la que frustra sus ambiciones creativas y, por qué no, la elocuencia con la toma esas frustraciones y, como si se tratase del chiste más cruel, construye con ellas un relato. Si tú no puedes contar tus miserias, déjame a mí disfrazarme y narrarlas a los lectores. Un sutil ejercicio de ventriloquía. Una forma demoledora las fantasías y la arrogancia natural de una sociedad demasiado confiada en su horizonte de posibilidades. Desquiciada. Mediocre. Pero, pese a ello, también humana. *Aunque no era feliz, tampoco era mucho más infeliz que mucha gente*. Eso lo dice del *fantasma* de Bud Powell, pero bien podría ser la definición de esa galería de personajes, amargos e histriónicos, siempre culebreando en sus páginas, que describen una América moral armada, desarmada y remontada una y otra vez en sus relatos.

De derrota en derrota

El libro de los amores ridículos, de Milan Kundera (Tusquets) | por Juan Jiménez García

Estaría tentando de escribir que *El libro de los amores ridículos* me remite de alguna manera a los cuentos morales de Eric Rohmer. Así, aquella primera obra checa quedaría irremediabilmente ligada a una posterior (y definitiva) estancia francesa del escritor. Como si desde un primer momento un hilo invisible (pero intuitivo) uniera los paseos y discusiones amorosas de unos y otros. Pero es difícil pensar que los dilemas morales de unos jóvenes franceses, después de todo libres, podrían ser los mismos que los de aquellos que esperaban primaveras y tanques soviéticos. Y sin embargo, la tentación sigue ahí, como una pequeña nube en la inmensidad de un cielo azul. Tal vez es que los amores ridículos lo son en cualquier parte. Y los amores que no lo son, también. Pero esta no puede ser una historia francesa, por mucho que Milan Kundera acabara ahí, huyendo. Siempre que volvía a pensar en una relectura del escritor, y pese a que ahí están desde hace años, cuidadosamente desordenados, la práctica totalidad de sus libros (y en esa misma práctica totalidad, sin leer), pensaba que nuestro reencuentro debía producirse en su obra checa y hasta en el primer libro que leí suyo. Y esa es la única razón. Como a *Sed de mal* le sucedió *Sed de mal*.

El libro de los amores ridículos es un libro de relatos. Milan Kundera, como tantos otros escritores, aprovechó la relajación del régimen comunista checo para lograr publicar alguna de sus obras. Además, algo también habitual, se produjo una fructífera relación con el cine. Ya su primera novela, *La broma*, de la mano de Jaromil Jireš, y uno de las historias de estos amores ridículos, también. La que abre el libro, *Nadie se va a reír* (o *Nadie reirá*), fue tempranamente adaptada por Hynek Bocan.

Conforme lo leía pensaba que más que un libro sobre el amor es un libro sobre la insatisfacción de los satisfechos. Y también sobre la mentira. Sus relatos están poblados de mujeriegos o aprendices de ello, en sus primeras fases o, más que cansados de ese papel, convencidos de haber llegado al final de sus carreras y tiempos heroicos. En una sociedad necesariamente insegura, la inseguridad también se traslada las relaciones. Las relaciones pueden llegar a ser algo casi científico, explicable y, desde luego, razonado. Pero el azar, ese aguafiestas, no deja de estar ahí para enredar.

El primer relato, *Nadie se va a reír*, nos remite de alguna manera a *La broma*. Un profesor de arte, calcula mal su respuesta a un pobre tipo que quiere publicar un artículo y necesita de su aprobación. Su suficiencia se demuestra insuficiente frente a los mecanismos no ya del Estado (trasladados también al día a día), sino de la más común de las personas. Lo que podía ser una relación diferente a todas las demás acaba enredada en sus propios líos, construyendo la derrota de alguien que se creía vencedor, un campeón de la vida. No es el único campeón de la vida en el libro. Tal vez lo son todos. Desde los dos amigos que comparten teoría para aproximarse a las mujeres (pero ¿para qué?), hasta los amores del doctor Havel, en un momento



y veinte años después, moviéndose en las turbulentas aguas de un mundo que gira para él, pero que parece detenerse alcanzada una madurez demasiado madura. Kundera deja caer un fino humor sobre ellos, pero uno no deja de pensar (quién sabe por qué) que son los suyos. Esos amantes de las mujeres que viven en un presente continuo (el pasado solo está ahí para molestarles cuando aparece, y nunca

pretenden que sea otra cosa que una galería de trofeos o una gloriosa estadística). Cuando los acontecimientos toman vida propia, cuando su rigurosa metodología y esa vida de atletas del amor se ve alterada, es cuando se muestran especialmente ridículos, insoportablemente humanos. En *El falso autostop*, una pareja empieza un viaje para pasar un par de semanas juntos, pero un pequeño juego acaba por convertirse en un infierno, alimentando por sus inseguridades. Ganar, como ese Eduard de *Eduard y Dios*, no es más que la derrota definitiva de algo, aunque no llegue a percibirse. Una derrota como la de *Symposion*, o como la de todos. Sí, allí está ella, pero para qué. Derribadas las murallas, se sientan triunfantes sobre las ruinas a contemplar todo aquello que se ha perdido. Un poco ridículos, demasiados satisfechos de sí mismos, habitados por un gusanillo que acabará por devorarles, más pronto que tarde.

Construir lo íntimo

Anhelos de raíces, de May Sarton (Gallo Nero) | por Francisca Pageo

¿Cómo se construye un hogar? ¿De qué manera una casa se convierte en ello? May Sarton compró una pequeña finca del s.XVIII en Nelson, Nuevo Hampshire y fue así como pasó parte de su vida en ella de una manera plena y totalmente adecuada a sus necesidades vitales y emocionales. *Anhelos de raíces* es, así, un libro sobre la memoria de lo que conforma un hogar, de aquello que construimos para habitar, para vivir conforme a nuestro más íntimo ser.

Anhelos de raíces no es sólo un libro sobre lo que conforma una casa, es también un libro sobre la escritura y lo que nos lleva a ella. Sarton disponía muy bien la mesa y la casa a la hora de la escritura, como un ritual. Para ella, su casa era ese lugar que se parece más a una novela que a un poema. Un lugar que nunca se ha terminado del todo, que se va haciendo conforme pasan las temporadas, los días; conforme va cambiando una persona. Y cómo no, el jardín, que Sarton cuidaba tanto; con tanto esmero y dedicación que era, por encima de la escritura, su máximo goce.



De este modo, la casa de May Sarton se fue convirtiendo en su espacio más sagrado, en aquel espacio en el que pasar su vida de la forma más completa y bella posible. Se ve así cómo adecua sus gustos a las paredes, cómo deja entrar la luz para que llene de color las habitaciones, los enseres. El hogar de May Sarton invitaría a la gente del pueblo, vería crecer la amistad en él. Así, el hogar no solo se nutre de la escritura y mirada de la autora, sino también de la vida de otros, y de la vida del campo; tan delicada y a la vez tan fuerte.

Me gusta pensar en el hogar como ese salvoconducto que nos guía entre el plano físico y nuestro ser más íntimo. Más como un cuerpo que como un espacio en el que suceden cosas. Así es como veo esta casa de May Sarton, y por supuesto este libro. Un libro que es una búsqueda y un asentimiento de la vida y nuestro lado más humano y más vivo. Me gusta pensar que May Sarton usó este salvoconducto para ser más feliz (obviamente así fue) y no sólo eso, sino que el hogar nutrió de todas las maneras posibles su escritura.

Anhelos de raíces es un libro inspirador, lleno de belleza, de rincones propios, de amistades que nutren la vida de una persona que busca la pasión por lo que se hace uno para sí mismo y para los demás. Es, este libro, pasional, nace de las entrañas, de donde surge lo que nos hace vivir. *Anhelos de raíces* es un anhelo de lo que llevamos con nosotros y que germina con el más íntimo amor con el que hacemos las cosas. Hay que quedarse a vivir en él, en este hogar que Sarton ha construido tan bien para sí misma y para todos a los que nos ha invitado a entrar en él.

El sentido de un oficio

Los relatos de médicos, de William Carlos Williams (Fulgencio Pimentel) | por Oscar Brox

En mi memoria, el nombre de William Carlos Williams permanece unido al de Eduardo Halfon desde que leí la *Biblioteca bizarra* de este último. En aquella, la pieza mayor de Halfon era una bellísima miniatura en la que las palabras de Williams, poeta y también médico, se entrecruzaban con las del escritor guatemalteco y su experiencia de la paternidad. Ese texto, digámoslo así, me proporcionó unas coordenadas, la búsqueda de un lugar literario (más allá de Paterson) y, tal vez también, el anhelo por una ligereza, una simplicidad, con la que desbrozar las complejidades de la naturaleza humana.

Los relatos de médicos, traducidos por el propio Halfon y César Sánchez, me inspiran una primera imagen; un punto de partida. La fotografía de Williams rodeado de frascos e instrumental preparado para rellenar la página en blanco. El informe. El retrato. La ficción con pequeños ribetes de realidad (su hijo, William Eric, explicaba cómo era frecuente encontrar entre sus anotaciones diálogos literales mantenidos con tal o cual paciente). La vida. Con eso bastaría. Porque hablar de la vida es, asimismo, hacerlo en toda su dimensión, de su hondura humana. De esa forma literaria de acercarse a lo que produce dolor, a la galería de rostros marcados por la pobreza que Williams observa con ojos de escritor y palabras de médico. A los que asiste, acompaña, juzga, intenta curar, pierde, recuerda y, definitivamente, mantiene con vida a través de cada texto escrito.

Para un lector de Williams, estos relatos pueden sorprender por su, digámoslo así, economía (acaso, también, precisión). Uno tiene la impresión de comenzar leyendo un informe o evaluación, cómo se desarrolla una situación y la concatenación de ensayos y errores mediante la cuál hallar un remedio para la enfermedad. Sin embargo, Williams apenas fuerza el trazo, el *pathos*, de la historia que está contando. Se ciñe a los hechos, o a la ficción con la que ha decidido envolverlos. Encapsula el tiempo, la angustia y la tensión, lo que sucede en su hora de consulta y lo que, prudentemente, pertenece al mundo de sus pensamientos interiores. Lo que decía líneas arriba: esa levedad, esa ligereza con la que trae a colación la fragilidad y la mortalidad tan propias de la naturaleza humana. La confianza, si se quiere, en una medicina que nunca deja de ser una prueba y una refutación. Buscar y seguir buscando las soluciones. En este sentido, uno de los relatos más conmovedores de la colección es *Jean Beicke*, no tanto por tratar el delicado asunto de la mortalidad infantil (muchos de los cuentos de Williams lidian con su trabajo como pediatra), sino por la tenacidad con la que su autor trata de reconciliarse con el factor humano. Con todo eso que, pese a todo, nunca encaja, siempre escapa al umbral de la ciencia.

La vida del Dr. Rivers, médico viejo comido por sus adicciones que, sin embargo, continúa disfrutando de su reputación es un buen resumen de la forma de entender el oficio según Williams. Léase el retrato, la violencia con la que su autor describe a un hombre vencido por el tiempo, también la veneración de la que goza a pesar de sus errores. Las vidas que pierde en el ejercicio de la medicina y las que ayuda a conservar. La botella medio llena y medio vacía. Siempre. Hay algo patético y hermoso, llamémoslo conmisericordia, porque Williams se reconoce en las vulnerabilidades del anciano, en su poco tacto y en su (mucho, quizá) empatía, en la perseverancia y en el error (o en la perseverancia en el error, también). El factor humano, tal cual. Lo que engrandece a un médico de cabecera devorado por la vejez, la fatiga y, desde luego, el oficio.

Para un poeta, estos relatos describen la búsqueda de la palabra. La concreción. La coloración moral (cómo acercarse a lo espinoso sin necesidad de querer emocionar). La creación de un universo a través de lo llano, de lo cotidiano, de lo familiar. Agujas, estetoscopios, placas, camisetas manchadas y gastadas, batas y ese olor a humanidad, a humildad, que formula también el relato de una América sumergida. Marginal. La de los inmigrantes y los desarraigados. La de los analfabetos. La América modesta. Sencilla. Insignificante. La América que prestaba su belleza casi innata y su brío a las palabras de Williams. A esa forma de iniciar los relatos casi en marcha, interrumpiendo un diálogo o un diagnóstico. O de poner en escenas retazos de su propia práctica médica para, acto seguido, envolverlos con una densa capa de ficción. Para ensayar retratos y autorretratos, intentona tras intentona de capturar en su totalidad el oficio de médico. O para consignar los sinsabores y la gloria de equivocarse y de dar con el diagnóstico adecuado. Todo ello, entre chorros de sangre, de fluidos, de partos más o menos difíciles y de rostros que la escritura de Williams desmenuza en busca de esos rasgos propios que los hacen inolvidables.

El oficio de médico proporcionó a William Carlos Williams algo así como un andamiaje, unos pernos, que sujetasen un mundo cultivado entre las palabras de la poesía y las cosas de la realidad simple y llana. El efecto que producen sus relatos, secos, a ratos directos o simplemente entretenidos, detallistas y poderosamente humanos, didácticos y duros, y también ligeros, bellos, conmovedores o sentimentales en su manera de exponer la derrota con la que carga la práctica de un trabajo, de cualquier trabajo, es muy claro: dejar que la vida respire, se entremezcle, aporte y sirva de cohesión a las palabras, la música y el sentido de un oficio. De un mundo. De ese mundo.

Historia de una fotografía

El final, de Attila Bartis (Sexto Piso) | por Francisca Pageo

András Szabad, el protagonista de nuestra historia, nos relata su vida y sus pensamientos y sus emociones y sentimientos en este *El final* de Attila Bartis. Un final que escribe desde el principio, pues el libro no es sino una retrospectiva de la vida de un hombre que se hizo a sí mismo, que conoció

el amor y por él sufrió, que encontró en el arte, la fotografía, un resquicio de la vida que necesitaba para sí. Su vida es, de hecho, como el revelado y el proceso de una fotografía analógica: *No hay nada más emocionante que saber por qué hacemos lo que hacemos*, le dirán a Andriska en las primeras páginas. Esa frase la tendremos con nosotros todo el tiempo, pues todo lo que nos cuenta András no es ni más ni menos que la



búsqueda de ese sino, ese destino que irá haciendo de sí mismo. Estamos ante una novela llena de pequeños hechos que se convierten en grandes narraciones, en grandes preguntas y respuestas sobre la historia de una familia húngara, aunque el protagonista afirme que su familia no es una familia *per se*.

En esta historia prima la fotografía y prima el amor. Para el padre de András, su mentor fotográfico, una fotografía llegará a ser buena si se reflexiona antes sobre ella, pero András encontrará otro modo, otra manera: si de verdad iba a ser fotógrafo, lo que quería fotografiar es lo que no se ve, pues para él lo visible es solo una herramienta. Andriska aprenderá a fotografiar, montará su propio estudio y llegará a ser un fotógrafo de renombre que llegará a exponer en Nueva York. Estamos, así, ante la novela de un artista y cómo un hombre llega a ser artista, pero no sólo eso. La fotografía aquí es es como esa excusa que ponemos para enfrentarnos al mundo, y es de hecho lo que sucede con el protagonista.

András vivirá la muerte, vivirá un duelo no sólo familiar, sino también amoroso, y eso es lo que hará que nos cuente su historia. Eva, el amor de su vida, pasará por él como pasa el tiempo al hacer una fotografía. Fugaz, efímera, pero también le dejará un poso en su corazón, en su manera de sentir y

Pequeños equívocos sin importancia

Los amores difíciles, de Italo Calvino (Siruela) | por Juan Jiménez García

Contaba Umberto Eco la anécdota de que un día se encontró con un amigo en la estación de tren, a su regreso al pueblo, después de décadas de ausencia, y cómo este le dijo: ¿qué haces? ¿te vas? Algo así. Y algo así es también mi relación con algunos escritores. No puedo volver a ellos, por mucho tiempo que haya pasado, porque no tengo la sensación de haberlos dejado nunca. Son tantos... E Italo Calvino ocuparía un lugar importante. Desde que aquel crío se subió a un árbol, para no bajar, porque no quería comer caracoles, hemos compartido camino, de cuando en cuando y sin exigencias. Y siempre, siempre, con enorme alegría cuando nos encontramos. Hay que decir que amo profundamente la comedia neorrealista italiana (ay, esa manía de contar mi vida) y uno podría preguntarse a qué viene eso, pero es que *Los amores difíciles* también fue adaptada al cine, un cine y una época con la que compartía tono. Esa crítica social a través del humor, un humor de finales amargos, de esos que te hacen pensar que la vida, después de todo, es triste pero alegre... o alegre pero triste. Y así son los relatos del libro, teñidos de esa fina ironía tan de Calvino. Si nos olvidamos de la segunda parte, *La vida difícil*, que reunía dos relatos más extensos: *La hormiga argentina* y *La nube de smog*. Ambos reflexiones apocalípticas sobre un mundo burocratizado y devorado por sus propios actos, atrapado en sus miedos, ya sean en forma de hormigas invasoras e indestructibles, o por la contaminación que cae sobre seres vivos y cosas.

Pero volvamos al amor. O al desamor. O a los desencuentros amorosos, como el de *La aventura de un matrimonio*, en el que el obrero Arturo Massolari hace el turno de noche mientras su mujer trabaja de día, y solo se encuentran en el

cruce de sus obligaciones. Lo cierto es que todos los intentan, a su manera y con sus complejidades. En *La aventura de un soldado*, el soldado de infantería Tomagra, ve como junto a él, en el tren, se sienta una atractiva viuda. A partir de ahí, y como si ese compartimento encerrara un microcosmos de complejas relaciones hombre-mujer, se dedicará a interpretar gestos y a calibrar sensaciones, entre tímidas aproximaciones y la búsqueda de la prueba evidente de una puerta hacia una pasión desenfrenada. En el lado opuesto está *La aventura de un lector*, en el que todos los que padecemos esta enfermedad nos podremos sentir identificados: terminar el capítulo, terminar el libro, o entregarse a una aventura amorosa con esa bañista de la toalla de al lado.

A veces lo que descubren no es lo difícil que es todo, sino precisamente lo sencillo. Como en *La aventura de una mujer casada*, que ve el amanecer desde una cafetería. Y no solo como fenómeno atmosférico, sino como algo personal, una revelación. La mirada de Italo Calvino, no exenta de un cierto cariño por esos seres en manos de sus pequeños destinos, es capaz de convertir en intrigante, en novela de misterio, hasta los apuros de una bañista que ha perdido la parte de abajo de su bañador. O el viaje en tren de un enamorado de modos científicos, que aspira a que le dejen todo el vagón para él y poder dormir arreglo a sus ambiciones y convicciones. Héroe mundano que solo aspira a salvar su pequeño mundo pero dispuestos a superar las pruebas que les impone el azar y los siempre molestos otros. Buscadores de absoluto, como ese fotógrafo, o pobres hombres, como ese empleado que solo aspira a que se conozca que ha tenido una aventura. Todos ellos inmersos en los laberintos y sus pruebas de esos amores difíciles.



(TAL VEZ) GEORGES BRASSENS
UN ANARQUISMO CONGÉNITO
CUATRO ARTICULOS
DETOUR.ES

Próximo club

El sueño de una cosa



Un sábado de noviembre, 17:30
Llibreria Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia

literaturas
literatura en detour
literaturas.detour.es

detour.es | diarios.detour.es
correo@detour.es | facebook/revistadetour
instagram/revistadetour | twitter/tidetour

llibreriaramonlull.com

Lista de correo

Dos correos mensuales: uno poco antes del Club, otro poco después. Con contenidos adicionales, tanto literarios como de audio, vídeo, fotografía,...

club.detour.es
newsletter

